

Mi afición por Ignacio Zuloaga.

Mariano Gómez de Caso Estrada

Por fortuna, tuve un padre que me fue conduciendo, desde muy niño, a conocer y amar nuestra Segovia.

Todo lo que, luego me habría de ser familiar, fue inculcándomelo a medida que mi capacidad se abría.

Llegó mi juventud y cuanto leía sobre Segovia encontraba un preparado asiento y suficiencia para el regusto.

Tenía mi padre una modesta biblioteca, pero muy acorde con esa afición que me fue transmitiendo: la Historia de Segovia de Colmenares, guías de la ciudad, tratados de la riqueza monumental de la capital y de la provincia, novelas en la que la ciudad era, en parte, protagonista; gran conocedor de la Gramática Española, introdujo en mi memoria una serie de reglas de ortografía y sintaxis de las que ahora mismo, en mi ancianidad, me sigo beneficiando.

Otro caudal con que contaba mi padre, eran sus amistades. Limitándome a las que atañen a mi paulatina formación cultural, he de citar a Juan de Contreras, su inseparable sobrino Luis Felipe de Peñalosa, Mariano Quintanilla, Mariano Grau, Eugenio “Torreajero”, Jesús Unturbe, Agapito Marazuela, “Luis Marcos”, otros, y Manolo Bernardo quien con los dos primeros fueron decisivos para mi mayor entendimiento de la vida de Ignacio Zuloaga en Segovia y de su arte.

Tuve, en la escuela de Los Huertos, a muy buenos maestros, de esa generación tan enaltecida por ellos mismos, así como del grupo de profesores, de las distintas materias, en el Instituto donde realicé el bachillerato.

De esos amigos, de los que más cerca estuve en mi juventud fue de Don Juan de Contreras, marqués de Lozoya. Ya, su padre, don Luis, trataba con mi abuela paterna, Manuela Bermejo, y él fue condiscípulo de mi padre en el colegio para niños que regentaban los padres Dominicos, capellanes a la vez del convento de las Madres, en el que, cómo serpentea la vida, hoy forma parte mi hija.

Conocida mi curiosidad por Segovia, cuando le anunciaban visitantes para recorrerla, (él y Mariano Grau fueron durante muchos años, digamos, guías oficiales por encargo de los gobernadores o alcaldes de turno), don Juan le avisaba a mi padre que estuviera dispuesto para agregarme al visitante grupo. Aprendí y gocé de sus comentarios y enseñanzas.

Tengo grabadas las palabras que me dedicó con motivo del fallecimiento de mi progenitor: “He perdido no sólo un amigo, sino algo muy profundo, un arraigo de mi niñez segoviana, ya que, tu padre, era el único en Segovia que me llamaba Juanito.”

En efecto: títulos no le faltaron, VIII marqués de Lozoya; Catedrático en distintas Universidades; Director General de Bellas Artes (1939-1951); cronista Oficial de Segovia; Director de la Academia de Bellas Artes en Roma (1951-1957), por lo que, ante tantas fórmulas de tratamiento, lo de Juanito le trasladaba a la pureza e inocencia de los primeros años.

Primer director de la revista Estudios Segovianos, (publicación derivada de los fines de la Universidad Popular de Segovia, 1919, transformada en Academia de San Quirce en 1957. Lozoya ingresó en la Universidad el año 1927.) En esa revista, en su número 4, año 1950, publicó su trabajo *La familia Zuloaga*, un libro que me ayudó a mejor comprender a esta familia pues además del Marqués, mi estimado amigo, el catedrático de Arte don Enrique Lafuente Ferrari, publicó *Ignacio Zuloaga y Segovia*; don Mariano Quintanilla, *Daniel Zuloaga y el Segovia de su tiempo*; finalmente, don Luis Felipe de Peñalosa *La iglesia de San Juan de los Caballeros*.

Como dije al principio, desde que se inició mi juventud, leía cuanto llegaba a mis manos sobre Segovia, lo buscaba en las bibliotecas (la de la Universidad Popular y la Biblioteca Pública); escuchaba conferencias o asistía a exposiciones. Me interesó Zuloaga en tanto que él se interesaba por Segovia.

El año 1939 llegó a mi casa el segundo número de la Revista Geográfica Española, a la que se había suscrito mi padre. En ella P. R. Ramos daba a conocer una entrevista que realizó al pintor vasco en el taller estudio de Santiago Echea con el título *Un gran pintor español: Zuloaga* ya que éste había obtenido en Venecia, el año anterior, el

gran premio Benito Mussolini. Ilustraban el artículo los retratos de La Breval, Angustias, Branly, duquesa de Montoro, el escultor Beovide, la condesa de Kinnoul, la marquesa de Casatti, Juan Belmonte, un contratista de obras, (José María Alcorta. El aparejador. 1936) y el titulado *Un viejo requeté*, obra de tendencias muy acordes con el momento –2º Año Triunfal-, que fue regalado al conde Ciano, cuñado de Mussolini. Pero lo que causó cierta alegría a mi padre fue el mostrar a mi abuela el *retrato de Gregorio el Botero* y la composición *EL Cristo de la Sangre*.

Ésta recordaba que a su estanco, en la plazuela de la Rubia, situada en el camino de San Juan de los Caballeros y la Plaza Mayor, del que era cliente Daniel Zuloaga, recordaba, digo, las entradas del enano para realizar los encargos que le aportaban algunas perras chicas o gordas para ir tirando. Jugosos comentarios que yo escuchaba sin poner la atención que luego más adelante, hubiera deseado, pero ya estos testimonios y otros, faltaron para siempre.

A la vista de *El Cristo de la sangre*, tanto mi padre como ella disfrutaban al identificar a todos los modelos que aparecían, asistiendo al Cristo crucificado. Sólo hacía veinticinco años que Ignacio Zuloaga dejó de llegar a Segovia en sus campañas otoñales, iniciadas en 1898.

Debo mucho a la Academia de San Quirce. Ha sido, y siguen siéndolo, un centro de formación. Acudía a las sesiones organizadas por los cursos de verano para extranjeros y a las conferencias para los pintores pensionados de El Paular. En abril de 1949 disfruté oyendo al catedrático don Enrique Lafuente Ferrari su conferencia *Ignacio Zuloaga y Segovia*. ¿Quién me iba a decir que treinta y cinco años después le iba a conocer personalmente y luego coincidir en varios acontecimientos organizados en Zumaya, recordando al pintor?

En 1950 la Biblioteca Pública de Segovia contaba con la magnífica obra de este profesor: *La vida y el arte de Ignacio Zuloaga*, que acababa de ser publicada. La gentileza de doña Manolita Villalpando, la directora, permitió que me llevara a casa ese libro que iba a causar las delicias de mi abuela. Si dos eran los cuadros que tan gratos recuerdos le proporcionaron aquella revista, éste libro le supuso un regocijo y a mí, la alegría de proporcionarle la ocasión.

Muchas ilustraciones, con reproducción de los cuadros más destacados de Zuloaga aparecían por las láminas. Si trabajó en Segovia dieciséis años, hay que tener en cuenta que los lienzos que más fama le dieron fueron pintados entre 1906 y 1914. *El alcalde de Torquemada, La víctima de la fiesta, Las brujas de San Millán, El Cristo de la Sangre, Los flagelantes*, (todos en museos extranjeros), *El Cardenal*, retrato de Rodao, los de *Gregorio el enano*, la interminable serie de Cándidas, Esperanzas y Teodoras, recopiladas con sus padres y hermano Juan en *La familia de mi tío Daniel*. De Segovia salieron para repartirse por Europa y América, diferentes versiones de penitentes, manolas, daifas y galanes, celestinas, tipos de Segovia, hilanderas, y paisajes. ¡Qué paisajes! Sólo dejó la sombra del Acueducto pues El Parral, La Vera Cruz, el barrio de San Lorenzo, la Catedral desde diferentes puntos de vista, el Alcázar, la Casa del Sol, y distintos otros titulados “paisajes de Segovia” y “casas de Segovia” los trató íntegramente.

Fueron unos ratos deliciosos en los que mi abuela y mi padre comentaban, con toda suerte de datos, cada una de las láminas. Y yo, sin poner más atención que al diálogo de madre e hijo. ¡Cuánto necesité después conocer uno a uno los modelos de Las brujas, los Penitentes, Torerillos de pueblo, Ídolos futuros, Mendigo segoviano, datos que hoy se han perdido y sólo en ocasiones como esa se hubieran aprovechado para un mayor alcance de los modelos segovianos y de la vida de la ciudad. Si, por ejemplo, Baroja y Azorín escribieron sobre Segovia, él dejó a esta ciudad y pueblos de la provincia en más de ciento cincuenta obras. Testimonios de la generación y regeneración que perseguían intelectuales, escritores y pintores (él fue el máximo exponente) de la Generación del 98.

Mi afición a la filatelia me proporcionó más motivos de conocer la trayectoria de Zuloaga, y su creciente renombre tras acabar la Guerra Civil. En 1947, dos años después de su fallecimiento, se pusieron en circulación tres sellos que representaban obras suyas: el 9 de octubre un rostro de don Quijote, y el 9, el retrato que realizó en 1932 de Manuel de Falla y su autorretrato de 1942. Luego, en 1971, el Día del Sello le tuvo por protagonista; ya se habían puesto en circulación

series dedicadas a pintores, entonces le llegó el turno a Zuloaga; la serie constaba de ocho valores, obras hartamente conocidas por mí.

Tengo una anécdota. A la Sociedad Filatélica Segoviana pertenecíamos mi padre y yo. No recuerdo el año, pero esta sociedad montó una exposición en los locales de la Casa de los Picos. Ya se sabe que los filatélicos tenaces y meticulosos buscan piezas únicas, como más o menos dientes del efecto, particularidades de impresión o cualquier incidencia que haga muy particular la tirada o un solo ejemplar; otros que dominen el tema, considerando que el que ellos presentan uno más completo que otros expositores. Pues bien, uno presumía de haber expuesto el total de sellos en que figurara algún motivo segoviano; se colgaba ya la medalla. “Te falta uno”, le dije. Y en efecto, así era, pues de la dicha serie de 1971 dedicada a pintores, no supo que en uno, composición, aparecía una edificación de Segovia más otras de cierta villa de renombre. Me quedé, como astuto filatélico, con el secreto.

Y es que llevaba ya mucho tiempo indagando qué influencia tenía nuestra capital y provincia en sus cuadros.

Hacía años que mi máquina fotográfica de fuelle quedó relegada al comprar las revolucionarias para películas de 35 milímetros. Ya, en 1970, había realizado un buen archivo fotográfico de cuadros de Zuloaga, tomados de cualquier tipo de revista o publicación, incluso de aquellas que advertían los derechos reservados, pues tal era la manía de tener en mi archivo la mayor parte de los cuadros posibles.

Gran placer me proporcionó don Luis Felipe de Peñalosa, director del Museo Daniel Zuloaga, en San Juan de los Caballeros de Segovia, al pedirme que le ayudara a ordenar documentación del museo.

Mi labor consistía en ordenar revistas y publicaciones y una infinidad de fotografías en diapositivas, ya que Daniel Zuloaga poseía, quizás, la mejor colección que se contaba en Segovia. Durante años, en ratos sueltos, revisé correspondencia familiar, ya que la referente a lo profesional no entraban en lo encargado por Peñalosa.

Según éste, en esa casa no se había tirado jamás un papel que se relacionara con lo expuesto, pues gastos familiares, obras domésticas, tarjetas de visita, recordatorios de defunciones, tarjetas postales

coleccionadas por sus hijas, se contaban por cientos, capaz de ocupar el trabajo de un hombre durante décadas.

Mi archivo fotográfico se fue completando y donde puse mayor interés fue en ordenar cientos de cartas de amigos distinguidos, entre ellos artista, y concretamente de Ignacio Zuloaga, lo que supuso no un trabajo sino una enorme satisfacción, dada la afición que, como he dicho, tenía de su arte.

Al tiempo, sabiendo que los periodistas segovianos no dejaban de dar cuenta de las llegadas y salidas del pintor eibarrés a Segovia, sus pasos por la ciudad y las obras que realizaba, me dediqué a leer concienzudamente El Adelantado de Segovia, Diario de Avisos y El Defensor, e ir anotando en fichas las noticias que iban apareciendo; proceso que me llevó años pues si El Defensor sólo se publicó muy pocos años, el Diario de Avisos, desde 1899 hasta 1916 y El Adelantado tiene continuidad hasta nuestros días desde julio de 1902. Dejé esa fatigosa tarea de pasar página a página en busca de noticias al alcanzar el año 1915 en el que Zuloaga dejó de venir en su continua visita otoñal. No obstante, hubo acontecimientos concretos en años posteriores que fue preciso seguir indagando.

Hacia 1980 tenía miles de fichas sacadas de los periódicos y más de trescientas fotografías en las que se relacionaban Segovia y los cuadros del pintor.

Se acababan de realizar remodelaciones en el Museo y Peñalosa trabajaba con empeño en preparar el inventario general de los descendientes de Daniel Zuloaga que estaban pendientes de distribuir entre ellos y el Estado. Por esa causa me pidió que solicitara la presencia del citado en las primeras páginas Manolo Bernardo, *Botticelli*, según era conocido cuando de mozo trabajaba en el taller de cerámica. Recordaba quien era el autor de cada una de las piezas que se habían de repartir.

El año 1981 me iba a deparar un gran sueño: estar delante de óleos originales de Ignacio Zuloaga. Cerca de Burdeos, donde había nacido la esposa de éste, Valentina Dethomas, **en Bayona, se presentaba una exposición** (9 de septiembre a 15 de noviembre) que colmaría mis deseos; para ello fui con mi hija a mediados de octubre; quedé sorprendido ante los 55 óleos y un sinfín de fotografías, entre

las que no faltaban, allí en Francia, las alusivas a Segovia con retratos del artista por nuestra ciudad. Recuerdo, con especial emoción, *Segoviano, Mi tío Daniel y mis primas, El alcalde Torquemada, Catedral de Segovia, Mujeres de Sepúlveda, Casas del botero de Lerma* (intuyo que es título de conveniencias, un tanto gratuito, pues tengo fotografías de esas casas situadas en nuestro barrio de El Mercado; tal ocurre con “El alcalde de Torquemada” pues los personajes eran de Zamarramala, muy conocidos en Segovia.)

Otras obras destacadas de su paleta allí estaban, provenientes del Museo parisiense del Luxemburgo, Nancy, museo Rodin, Castres, Bilbao, San Sebastián, Casona del Buen Retiro y, descollaban por su número y calidad, bastantes de la colección Zuloaga. ¡Cuánto me acordé de mis difuntos padre y abuela ante las láminas del libro de Lafuente Ferrari! Angélica Tanarro, periodista de El Adelantado, en la entrevista que me realizó a propósito de este viaje pedía *que se promoviera una exposición antológica de los cuadros de Ignacio, montada entre las piezas entre las piezas maestras del <<brujo cacharrero>> en la misma iglesia de San Juan de los caballeros, donde nacieron.*

Sufría patología zuloaguesca.

Pocos meses después, ya en 1982, un escultor de Madrid pidió a Peñalosa fotografías de Ignacio Zuloaga, pues tenía el encargo de realizar un busto que se había de colocar en una escuela que, en Madrid, iba a llevar su nombre. Trajo un pequeño apunte que, por lo visto, se alejaba mucho del porte y rostro del pintor. Me pidió que hablara con el escultor, le diera mi opinión y que le entregara unas cuantas fotografías de mi colección; de ellas realizó la obra.

La inauguración de este colegio iba a suponer un hecho trascendental: en conocer a los nietos de Ignacio Zuloaga.

El 10 de marzo de 1983 el alcalde de Madrid, don Enrique Tierno Galván, procedió a la inauguración. Peñalosa se empeñó que yo tenía que acudir con él a un acto público en que iba a intervenir; previamente pidió al director del centro que me incluyera en el programa de actos, proponiéndole un tema que, no podía ser otro: *La influencia de Segovia en la obra de Zuloaga*, ilustrado con fotografías; intervendríamos el día siguiente a que lo hiciera el alcalde.

Ramón, María Rosa y Rafael presidieron con el director y profesores y, luego tuvieron la gentileza de llevarnos –me acompañaba mi mujer- a cenar en casa de Ciriaco, el célebre tabernero del que yo sabía de sobra que Ignacio Zuloaga y sus amigos madrileños eran atendidos suculentemente por él.

Recuerdo que, mientras soltaba mi perorata, los antes citados, que iban a ser entrañables amigos, le preguntaban a Peñalosa quién es éste que tan a fondo conoce la vida de Ignacio Zuloaga hasta en los más íntimos detalles. (Consecuencia de haber leído cientos de artículos y notas del gran amigo que fue José Rodao. Sin éste, hubiera sido imposible reconstruir día a día las estancias de Zuloaga en Segovia, su intimidad e idiosincrasia.)

Volvimos a Segovia, con Peñalosa, plenamente emocionados.

Como si yo no fuera a tener recuerdo perenne, Ramón, en nombre de los hermanos, me entregó una litografía de su abuelo, numerada, 15/75 y con sello de firma, que representa un amplio paisaje vasco con un labriego arando con bueyes, ermita al centro y cerros al alto.

María Rosa supo captar mi interés por su abuelo, así que preparó la repetición de esa charla en San Sebastián, **en las salas de actos de la Caja de Ahorros de Guipúzcoa.**

Qué mas quería yo que conocer lo que durante años llevaba deseando.

Me recibieron en Santiago Echea, impresionante vivienda, toda ella un museo, difícil de ambientarse en ella por tanto arte y cuanto emanaba. Han pasado veintisiete años y la impresión perdura, a pesar que, desde entonces, no han dejado de invitarme y haber permanecido periodos repetidos prácticamente cada dos años.

Con esa euforia producida por la patología zuloaguesca surgió una descabellada idea, para la primavera de 1984: **una magna exposición en Segovia.**

Por primera vez irían cuadros de Zuloaga al lugar donde nacieron.

Colaboraba ya con los Servicios Culturales de Caja Segovia cuando propuse que el Torreón de Lozoya albergara lo que podía ser una magna exposición sobre la vida y el arte de Ignacio Zuloaga. La propuesta tuvo una aceptación inmediata, y se contó con la

colaboración de la Diputación Provincias, el Ayuntamiento, la Academia de San Quirce. Máximo empuje llegó de los descendientes de Zuloaga, y la muy especial cooperación de María Rosa Suárez Zuloaga fue decisiva.

Caja Segovia asumió el reto de presentar en sus salones, además de los lienzos, unas actividades como hasta entonces no se habían realizado. Invitó a don Enrique Lafuente Ferrari a que inaugurara el acto, para quien puso a su disposición habitaciones en el palacio para los días que estimara. (Mi mujer y yo fuimos encargados de atender a al matrimonio durante su estancia en Segovia. ¡Qué agradable pareja! ¡Qué entusiasmo de don Enrique por estar en Segovia! Y qué dicha la nuestra de acompañarles.

Además, se programaron conferencias de don Luis Felipe de Peñalosa, entonces director del Museo Zuloaga; don Joaquín de la Puente, director del Casón del Buen Retiro; una tertulia dirigida por Domingo Ortega, a la que asistirían Cándido López, el mesonero – a quien de niño conoció Zuloaga y luego frecuentó el del mesón, allí están sus palabras y firmas, - y descendientes de los modelos del cuadro *Ídolos futuros* o *Torerillos de Turégano*; cerró el ciclo don Santiago Amón, profesor de latín, griego, literatura y arte y, a la sazón, crítico de esta materia en *El País* y otras revistas.

La Academia de Historia y Arte de San Quirce montó una exposición paralela en las salas de la Galería, con cuadros, fotografías y documentación diversa de la época de ambos Zuloaga.

Se colgaron 44 cuadros, 6 dibujos y 6 apuntes.

En juicio del catedrático don Enrique Lafuente Ferrari, autor del mejor trabajo que se ha realizado sobre la vida y el arte de Ignacio Zuloaga, era la mejor exposición que se había montado tras la muerte de este gran artista.

Según un miembro de la Academia de Historia y Arte de San Quirce: *“Aquí nunca se había organizado una exposición de la envergadura de la propuesta, y los problemas que surgían, más por nuevos que por realmente insolubles, parecían insalvables: presupuesto, relaciones con los museos, transportes, seguros, catálogo...”*

Los más destacados periódicos de España dieron cuenta del singular y espectacular acontecimiento.

Quedó para refrescar la memoria el catálogo, en cuya preparación tomé parte. Lo presentaba Alonso Zamora, ya director del Museo Daniel Zuloaga, San Juan de los Caballeros, y los artículos los firmó don Enrique Lafuente Ferrari, don Luis Felipe de Peñalosa; iba uno mío, así como dos relaciones de cuadros cuyas circunstancias analizaba y una cronología con datos inéditos.

Sobre el artículo que lleva mi firma, quiero dar a conocer una anécdota. Novel, me pesaba figurar ante dos firmas autorizadas. Peñalosa, conocía mi trabajo pero no así don Enrique a quien fui a visitar en su casa, presentarme y darle a conocer el trabajo que iba a figurar con el suyo. Muy “ensegovianado” me preguntó mucho sobre los profesores de San Quirce, la vida cultural de Segovia y mi entrada en la vida de los Zuloaga, en Zumaya. Aprovechando su amabilidad y benevolencia de mis conocimientos sobre la vida cultural segoviana, así como apego a las obras de Zuloaga, más por querencia que no por sabiduría, le pregunté por qué calificaba el cuadro *Segovia de noche* como azoriniana; me contestó que Zuloaga seguía a Azorín en cuanto a delicadeza para mostrar una escena cotidiana. En respuesta le pregunté si conocía la obra de Julián María Otero, el librito de 1915 *Itinerario sentimental de la ciudad de Segovia o sea un paseo por sus calles a la luz de la luna*. Al contestarme que no, le di cuenta de las alabanzas que en él cantaba del pintor, bien de sus trabajos en La Casa del Crimen como en el de La Canonjía Vieja; de estos tenía sobrados conocimientos don Enrique por lo que siguió mi charla. Le relaté que en el supuesto paseo, ya de noche, luna de enero, Otero dejó la Casa de los Picos, prosiguió: *Y cuando la calle se despeja, porque un edificio grande y destartado se aparta y unos edificios pequeños y miserables se encogen hasta lo inverosímil para no estorbar, se presenta el “Sancta Sanctorum”, la obra predilecta de los siglos*. Zuloaga, a mi modo de ver, da las gracias a Otero y pasa al lienzo el gran edificio destartado (lienzo de muralla y base de torreón) a la izquierda, a cuyo

lado van dos aldeanos cubiertos con mantas, y a la derecha esas casuchas hoy reconstruidas. Ese *Segovia de noche* lo ha incluido Lafuente en todas sus obras sobre esta ciudad.

Le prometí que cuando volviera a su casa para ver si me “aprobaba mi trabajo”, le regalaría un ejemplar del que manifestó Antonio Machado al saber la muerte del autor. “*Su ciudad, Segovia, fue un gran amor de su vida, y de Segovia ha escrito páginas bellísimas que no deben perderse*”.

Mi trabajo, no le leyó; dijo que le bastó mi charla; en cuanto al libro manifestó: -Mariano, mantenga usted su tesis sobre la mía; si no sucedió así, mereció serlo-.

Siguieron los viajes a Santiago Echea para seguir con la ordenación de documentos, fotografías, preparar exposiciones, atender demandas de estudiosos, galerías de arte, marchantes, subastas, etc.

Y llegó el **encargo del Gobierno Vasco de preparar una exposición** itinerante que se inauguraría en Bilbao el año 1990 para seguir por París, Dallas, New York y su clausura por la reina de España en Madrid el mes de marzo de 1992.

Por primera vez se iba a superar la de Segovia. La compondrían setenta y cinco obras de catorce museos de España, Francia, Rusia, Estados Unidos, ayuntamiento de Irún y tres coleccionistas particulares. Escribirían cinco especialistas; a sus textos les seguirían sesenta y seis láminas de otras tantas obras con sus correspondientes glosas. Se me asignaron veinticuatro comentarios, preocupante encargo dada la proyección que se daría al libro, traducido al vasco, francés e inglés. Además se me pidió la redacción de una extensa cronología.

De mayor riesgo supuso el hecho de tener que acompañar al lehendakari, señor Ardanza, y autoridades, recorriendo las salas y explicando las características de la obra expuesta.

Llevaba unos años inmerso en una ímproba tarea. Los cientos y cientos de fichas que a lo largo de los años fui reuniendo –desde que entré en San Juan de los Caballeros, lecturas de los tres periódicos locales, revistas, consultas en los archivos de la biblioteca del Conde Duque y Reina Sofía en Madrid, más las que generaban todas las

actividades- tuve que pasarlas a instrumento de nueva técnica, como era el ordenador, que me llevó a un tiempo indefinible. Era necesario pues abría un sistema de archivo que me daría ventajas ya que, con pulsar una tecla, tenía a mi alcance lo que la memoria y la yema de los dedos me proporcionaron hasta esos momentos. En adelante, el revolucionario sistema, compilaría datos que me habían de servir de inmediato pues ya estaba inmerso en transcribir las más de seiscientas cartas que tenía a mi alcance en el museo de San Juan de los Caballeros; cartas en su mayoría sin fecha ni lugar de origen que sólo por el contexto podía relacionar y esto, repito, me lo proporcionaría el ordenador (Lo compró mi hijo en 1986.)

Con esa tarea, en los frecuentes viajes a Zumaya, repasaba la extensa bibliografía de Ignacio Zuloaga que con tanto acierto supo poner en orden su paciente esposa, doña Valentina.

En Segovia, la exposición de 1984 había dejado profunda huella. Juan Manuel Santamaría López, íntimo amigo y unido también conmigo en las tareas culturales con la Obra Social de Saja Segovia, publicó en 1985 *Arte en Segovia* en el que, por supuesto hacía referencia a los Zuloaga, Zubiaurre, Regoyos, Sorolla, y otros que habían trabajado en esta ciudad. (Ese mismo año, el Museo Zuloaga, por mi iniciativa y gestiones de María Rosa, se presentó una antología de las obras del segoviano Francisco Lorenzo Tardón en el Museo San Telmo, de San Sebastián. Santamaría habló del artista en el acto inaugural, presidido por don Julián Martínez, director, don Ramón Labayen, alcalde, don Juan Ignacio Uría, de la Real Vascongada de Amigos del País y miembro del Patronato del Museo.)

El ambiente, en Segovia, era propicio para ir preparando otra exposición. Documentación no me faltaba y en el ordenador tenía pasadas interesantísimas cartas que Regoyos, Pablo Uranga y los Zubiaurre habían enviado a Ignacio Zuloaga. Pasé a idea a María Rosa, a Luis Borreguero –jefe de los Servicios Sociales de Caja Segovia- y a Juan Manuel Santamaría. Como ilusión no me faltaba, comencé a preparar documentación. Al poco, llegó el tiempo de ir solicitando cuadros a distintos museos para que nos los reservaran; propusimos el año 1993.

Se titularía **5 pintores vascos en Segovia**. A las capitales vascas con museos nos desplazamos Luis Borreguero y yo. María Rosa nos iría abriendo las puertas de los despachos de los directores. Y quedó casi compuesta. Solamente se conocía Zuloaga, y de éste se procuró no incluir ninguna que estuviera colgada en 1984.

Sentimentalmente fue para mí el mejor acto, en esta materia, que he organizado. Caja Segovia fue magnánima. Aceptó mi propuesta de invitar a descendientes de Regoyos, Uranga y Zubiaurre al acto inaugural. La hija de Regoyos, el hijo de Uranga y Leopoldo Gutiérrez Zubiaurre (vino de Méjico) no se conocían personalmente aunque la fama les había unido para siempre. Pilar Regoyos y Pablito Uranga (ciento sesenta y tantos años, entre los dos) recorrían las salas, contemplando los cuadros de sus padres, en un arrobo cercano al éxtasis, y yo, a su lado. ¡Lo que oí! Inolvidable.

Los momentos anteriores fueron emotivos. Habían sido saludados por el portavoz del Gobierno Vasco y consejero de Cultura, Joseba Arregui; el Defensor del Pueblo, Juan San Martín; el director del Museo de Bilbao, don Jorge Barandiarán; Matías Díaz Padrón, en representación del Museo del Prado; los Zuloaga y, lógicamente, directivos de Caja Segovia.

En la 1ª sala, frente a la entrada principal, se colgó el imponente cuadro de Valentín Zubiaurre, *Autoridades de pueblo*, tipos segovianos ante la iglesia de San Juan de los Caballeros y por fondo la subida a Zamarramala; 10 cuadros más le acompañaban.

La sala 2ª, dedicada a Ramón Zubiaurre, era presidida por el conocido *El temerario marino Shanti Andía*; 7 más cubrían las paredes.

La 3ª, 11 cuadros de Pablo Uranga dieron las primeras noticias de este gran pintor, tan unido espiritualmente con Daniel e Ignacio Zuloaga, y enamorado de Segovia.

La 4ª se reservó para Ignacio Zuloaga. 9 cuadros se colgaron de los cuales 6 los pintó en Segovia; creo que fue la más visitada; en ellas había una novedad: de la colección de Plácido Arango traje *Rincón castellano*; el tal rincón no era otro que las casas que se tiraron en la Plaza para construir la actual casa de Larios, justo de donde salía *La diligencia de Segovia*, de Regoyos, que yo conocía por fotos antiguas

y un óleo de Tablada Maeso. (El propietario me agradeció esta aclaración.)

En la 5ª se colocaron obras y recuerdos diversos alusivos a los cinco protagonistas.

La 6ª, para el “franciscano” Regoyos, quizás el más cercano de los pintores españoles al impresionismo francés.

(Una anécdota: cuando recorría yo en Bilbao las salas para seleccionar los cuadros, me sorprendió un cuadrado (0,28 x 0,41 cm.) ante el cual le dije a don Jorge Barandiará, director “éste me lo llevo”.

-No, es sobre tabla y puede sufrir, y ¿porqué este paisaje *Plaza de un pueblo*?

-Anda, contesté, porque es mi pueblo: la Plaza Mayor de Segovia.

Tuve que explicarle el tema; quedó tan impactado que asintió.)

Otro cuadro que gustó fue el archifamoso *La diligencia de Segovia*.

En resumen una exposición que se mantuvo durante todo el mes de mayo durante el mes, fue muy visitada y de todo lo cual dieron noticia no sólo los periódicos locales.

Redacté el catálogo, 118 páginas, y aporté buen número de fotografías.

Había una cuestión pendiente relativa a la presencia en Segovia de Ignacio Zuloaga. Algunos escritores que se ocuparon de analizar ésta, daban por hecho que Ignacio Zuloaga había sido declarado hijo adoptivo. Partían de una carta abierta publicada por el insigne cronista don Carlos de Lecea en el Diario de Avisos el 24 de octubre de 1911 por medio de la cual se pide al ayuntamiento se haga efectivo el nombramiento.

Consulté la documentación pertinente en el Archivo Municipal y no hallé respuesta a esa idea por lo cual, manifesté a los nietos del pintor mi compromiso de gestionar ante el Ayuntamiento de Segovia el **nombramiento de hijo adoptivo**, éste lo aceptó y ratificó en sesión del 28 de diciembre de 1995, por unanimidad.

Del 28 de septiembre hasta el 9 de diciembre de 1995 en Barcelona y Madrid se expusieron 55 dibujos de I. Zuloaga. El nº. 53

(33 x 24 cm.) titulado *Filósofo*, me fue entregado en mi domicilio por Ramón Suárez Zuloaga y sus hermanos, como testimonio de amistad y, según ellos, por mi profunda dedicación a Ignacio Zuloaga. Lo rebauticé *El cacique* y está al alcance de mi vista, si la levanto de este teclado en el que escribo. Más tarde llegaría otro regalo: una magnífica copia del cuadro de Goya *El albañil herido*, realizada por Daniel Zuloaga.

Mi trabajo en Segovia no paraba y los viajes a Zumaya se repetían. Por esos años se atendieron exposiciones y publicaciones en Fuentetodos, 1996 y en Estella, 1998 con muestra conjunta de Maeztu y Zuloaga.

El año 2000 tuve que ir sacando datos y redactar un trabajo para el segundo número de **Cuadernos Ignacio Zuloaga**. Se presentó en una agradable velada, en la sala del museo repleta de invitados, organizada por la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País, con motivo del cincuenta aniversario de la muerte de Zuloaga, miembro de honor de esta Sociedad. Acompañaba mi trabajo a los realizados por Miguel Ortega Spottorno, Rodrigo Gutiérrez Viñuales y Juan Ignacio Tellechea Idígoras.

Se imponía la informática y se creó una página “Web” oficial: www.ignaciozuloaga.com.

Hacia 1995 había entrado al servicio del Museo, un joven matrimonio formado por Antonio Tena y su esposa.

Antonio supuso para mí un firme apoyo. En un par de años cobró un cariño enorme por su sometido y se afanó de crear un archivo informático necesario para tener al día todo lo referente al depósito de obras de Zuloaga, archivo importantísimo pues, ducho en informática, creó un programa en el que cabían las fotos de cuadros, características esenciales, salidas y entradas, y cualquier información que surgía en “internet” respecto a ellos. Yo no intenté ponerme a su altura pues el catálogo que yo venía haciendo, desde que entré en ese nuevo sistema, era muy complejo; sólo me faltaban las fotos, pero contando con lo suyo, me complementaba estupendamente. Por medio del correo

electrónico, y su mediación, enviaba a María Rosa todo lo que iba surgiendo y necesitaba su conocimiento; se facilitaban así todo tipo de información, que era mucha.

Correspondencia de Ignacio Zuloaga con su tío Daniel.

Se me abría una vía para dar salida al trabajo de unos catorce años, como era la publicación de más de quinientas cartas autógrafas de Ignacio Zuloaga dirigidas a su tío Daniel que se guardaban en el museo de San Juan de los Caballeros y de cuyo contenido realizaba un análisis lo más complejo que podía alcanzar. Basta decir que el índice onomástico contenía más de mil cien nombres y el toponímico casi seiscientos.

Había un ambiente propicio dadas esas exposiciones, algunas conferencia y el hecho del nombramiento de hijo adoptivo. Propuse a la Diputación de Segovia que su Servicio de Publicaciones se hiciera cargo de la edición, lo que fue aceptado. Trabajé firme y por fortuna el libro fue presentado por el Presidente en acto público el 6 de julio del año 2002.

Sin descanso apenas, me llegó el encargo de María Rosa de colaborar en una exposición que se iba a celebrar del 15 de junio al 10 de julio de 2003 en el Museo Municipal de San Telmo con el título *Zuloaga desde la barrera*.

Respecto a la pasión de Zuloaga por los toros, ya habíamos propuesto dos exposiciones muy elaboradas que ofrecimos, en distintos años, al Museo de Bellas Artes de Sevilla y a la Caja de Ahorros de Salamanca; no hubo acuerdo pero sí tuve bastante trabajo previo.

Por el correo electrónico me seguían llegando peticiones de informes varios y uno de ellos desembocó en relacionarme con el museo Enrique Larreta de Buenos Aires. La cuestión es que tuve que enfrentarme con la correspondencia de este novelista, gran amigo de Zuloaga, y como consecuencia me decidí a reunir la que se cruzaron por el tema de la novela *La gloria de don Ramiro*. Falla había deseado componer una ópera (hubiera sido la gran ópera que España necesitaba) con un libreto realizado por Larreta, que, tanto en Granada, archivo Falla, como en Buenos Aires se daba por perdido y que, afortunadamente, se encontraba en Zumaya.

Compuesto el borrador, *Falla, Larreta y Zuloaga ente La gloria de don Ramiro*, fue aceptado por el Museo Zuloaga, Real Vascongada de Amigos del País en San Sebastián y Caja de Ahorros de Segovia e impreso en Segovia en el mes de marzo de 2006, donde se presentó en la sala de esta entidad.

José Rodao.-

Otra deuda inmaterial tenía que saldar. Gracias a lo que José Rodao dejó escrito en Diario de Avisos y El Adelantado de Segovia pude recomponer la vida de Ignacio Zuloaga en Segovia.

Don José Rodao Hernández nació en Cantalejo, 1865 y falleció en Segovia, 1927. El amigo incondicional de Zuloaga en Segovia. Él fue quien recibió el poder notarial para representar a Zuloaga en el espinoso asunto de la compra de la iglesia de San Juan.

Confidente sin límites. Sin la información por él transmitida, desde la llegada de Zuloaga a Segovia hasta que falleció en 1927, jamás se hubiera logrado conocer la obra y vida del pintor no sólo en Segovia, sino muchos de sus avatares por España, ya que dio noticias privilegiadas gracias a las confidencias que del pintor recibía. Hombre polifacético, su labor como periodista en el “Diario de Avisos” y luego en “El Adelantado de Segovia” resultó definitiva para la vida cultural y social de Segovia.

El 1 de enero de 1911 escribe Zuloaga desde Zumaya: <<... gracias, querido Rodao, por su deliciosos artículo de “El Adelantado”. Como todo lo que viene de Segovia, y particularmente de usted, me llega al alma>> Rodao había publicado el 21-11-1910 el artículo *En el taller de Zuloaga*, un sustancioso comentario a la visita del taller que realizó acompañando a Ortega y Gasset, Alcántara y Maeztu.

Prueba de la profunda amistad y agradecimiento debido para Zuloaga fue un honor que Rodao le ofreciera ser el padrino en la boda de su primera hija, Adela, que se casaba con Ignacio Carral. Precioso gesto, que el pintor asumió complacido.

Zuloaga admitió durante su vida lo mucho que había supuesto que la titulación de uno de sus más emblemáticos cuadros *Gregorio el Botero* no fuera suya, sino de Rodao.

Cuanto antecede justifica que dedicara buena parte de mi tiempo como investigador a este insigne personaje.

En la revista de la Academia de Historia y Arte de San Quirce me publicaron en su número 102, correspondiente al año 2002 *Correspondencia de José Rodao con los Zuloaga, Daniel e Ignacio*.

Desde comienzo de mis recopilaciones pasé al ordenador infinidad de notas que él publicó en Diario de Avisos y luego, en El Adelantado, en el que entró en 5 de octubre de 1906. También, muchos artículos que no tenían el menor desperdicio. Tal fue la cantidad que pensé publicarlos en un libro ya que materia había para ello, más no hallé quien asumiera los gastos, para lo cual, en lugar de transcribir solamente narraciones sobre Zuloaga, tuve que echar mano de otros temas y titular la obra ***Obras en prosa de José Rodao, antología***, que fue publicada por el Ayuntamiento de Cantalejo el año 2006.

La labor en Zumaya tuvo que ser interrumpida. Graves dolencias me impedían desplazamientos y aconsejaban no moverme de Segovia. Por ello, cuando aparecieron paquetes con cartas de las que no se tenían conocimiento, tuvieron que ser enviados a mi casa. Gran sorpresa a la vez que placer me produjo la noticia. Los paquetes contenían miles de cartas, por lo que para mí era tarea imposible de realizar. Se llegó a un acuerdo para solicitar el servicio de tres personas para afrontar una tarea que ocupó desde octubre de 2007 hasta primeros de marzo del año siguiente. Tarea incompleta, pues la reproducir cada una de las cartas podría ocupar años en realizarla. Y quedaron legajos por abrir, pero eso ya es otra cuestión, pues llegado al día de hoy, otros asuntos particulares de mucha importancia me exigen enfrentarme a ello.

Ha sido un relato en el que he tratado de reflejar mi afición por Ignacio Zuloaga.

Señalo, a continuación unos datos concisos.

Monografías. Libros

Correspondencia de Ignacio Zuloaga con su tío Daniel.

I.S.B.N. 84-86789-64-8. SG. 55/2002. 638 páginas

Falla, Larreta y Zuloaga ante <La gloria de don Ramiro>.

I.S.B.N. 84-609-9634-4 SG 35/2006 112 páginas.

Obras en prosa de José Rodao. Antología.

Depósito Legal, 93/2006, 76 páginas.

Colaboraciones literarias.

Datos biográficos de Ignacio Zuloaga y comentarios.

En “**Ignacio Zuloaga**” Exposición itinerante, Bilbao, París, Dallas, New York y Madrid.

D.L.S.S. / 922 / 90.

Publicaciones:

“Estudios Segovianos”.

Nº. 94. Año 1996.- *I. Zuloaga, Segovia y la Universidad Popular.*

Nº. 102.. Año 2002.- *Correspondencia de José Rodao con los Zuloaga, Daniel e Ignacio.*

Revista “Historia y Vida”. Nº. 334. 1996

Los Zuloaga en Segovia.

“El Adelantado de Segovia”

Carta a Matías Costa, con 52 años de retraso.

La exposición itinerante de Ignacio Zuloaga. 13-12-1990

Jorge Oteiza recordaba a Emiliano Barral. 10-04-2003

Cuadernos Ignacio Zuloaga”. nº. 2. Zumaya, 2000. *Los Zuloaga en Segovia”*

Revista electrónica Euskonews, Guipúzcoa.

I. Zuloaga, pintor eibarrés y vasco universal. Nº 0187, 8-11-2002.
(Mi archivo, A 384)

Unas horas con Jorge Oteiza. Nº. 0207. 16-08-03 (Mi Archivo, A398)

Cinco cartas de Miguel de Unamuno para Ignacio Zuloaga. Nº 440, 16-05-08.

Agenda Taurina. Año 2007.- *La afición taurina del pintor Zuloaga*

“Revista Cultural”, de Segovia.

Ávila en lienzos de I. Zuloaga. Nº 24, Junio 2001

La afición taurina de Ignacio Zuloaga. N° 27 Octubre y 28 Noviembre 2001

La Plaza Mayor de Segovia. N°. 29 Diciembre 2001

Rodin en España. N°. 30, Enero 2002

Falla, Larreta y Zuloaga. N°. 35, Junio 2002.

Catálogos de exposiciones.

“Catálogo de la exposición “Ignacio Zuloaga”, y organizador. Caja Segovia, 1984

“Catálogo de la exposición “Cinco pintores vascos” y organizador. Caja Segovia, 1993

“Catálogo de la exposición “Ignacio Zuloaga desde la barrera” Museo de San Telmo. San Sebastián, Julio-agosto 2003.

Conferencias.

Colegio Público “Ignacio Zuloaga”, Madrid.

“*Segovia en lienzos de Ignacio Zuloaga*” 11-03-1983

Caja de Ahorros de Guipúzcoa.

“*Segovia e Ignacio Zuloaga*” 8-11-1983

Torreón de Lozoya.

“*Segovia en la obra de Ignacio Zuloaga*” 28-06-1984

(Con motivo de la exposición I. Zuloaga.)

Real Academia de H. y A. de San Quirce. Segovia

“*Ignacio Zuloaga y Segovia*” 31-10-1985

Real Academia de H. y A. de San Quirce. Segovia.

“*I. Zuloaga y la Universidad Popular*” 12-01-1996

Universidad del País Vasco.-

“*Ignacio Zuloaga. Su etapa segoviana.*” 19-08-2002.

Segovia, 11 de febrero de 2010.

Mariano Gómez de Caso Estrada.

gomezdecaso@telefonica.net